

«**De la mano de Alicia: lo social y lo político en la posmodernidad**».

«**Of Alicia's hand: the social thing and the political thing in the Postmodern era**».

Autor: Boaventura de Sousa Santos
Capítulos IV y V: Lo social y lo político en la transición posmoderna y el Estado y los modos de producción del poder social
Editorial: Siglo del Hombre Editores
Ciudad: Bogotá
Año: 1998
Número de páginas: 470 páginas

Adriana Marcela Londoño Cancelado

Boaventura de Sousa Santos, es un autor de origen portugués, Doctor en Sociología del Derecho de la Universidad de Yale. En la Actualidad, se desempeña como profesor de la Universidad de Coimbra y de la Universidad de Madison, Wisconsin y como el director del Centro de Estudios Sociales de la Universidad de Coimbra en Portugal. Este recorrido académico por varias universidades le ha permitido rastrear en varios de sus textos, en los que se cuentan,

* Politóloga de la Universidad Nacional de Colombia, Magíster en Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana y Magister en Historia de la Universidad Nacional. Docente en las universidades Javeriana, Externado, San Buenaventura y UNITEC. Asumió la Dirección de la Carrera de Ciencia Política en la Universidad de San Buenaventura, Bogotá. Actualmente es Coordinadora Académica de la Especialización en Cultura de Paz y DIH de la Pontificia Universidad Javeriana de Cali y se desempeña como docente de tiempo completo en la misma Universidad. Correo electrónico: adrimarcelondono@gmail.com.

Estado y sociedad en Portugal (1990), Estado, derecho y luchas sociales (1991), La globalización del Derecho. Los nuevos caminos de la regulación y la emancipación (1998) y el que analizaremos en este ensayo *De la mano de Alicia: lo social y lo político en la posmodernidad* (1998); el devenir de la modernidad, tanto en las sociedades del centro como en las de la semi-periferia.

Una de las grandes virtudes del análisis realizado por Boaventura es que nos invita a pensar la política a partir de las transformaciones socioculturales de la modernidad a lo largo de los periodos del Capitalismo, así como a percibir el poder desde el Estado, como la institución que nace con la modernidad y que al contrario de los diagnósticos analizados no desfallece en ella, ni pierde su centralidad, sino que sufre una serie de metamorfosis.

Reconstruir los fragmentos de la Modernidad para dar cuenta del tránsito hacia otra etapa, a la que el autor prefiere denominar posmodernidad, implica evaluar las promesas cumplidas por esta y las que dejó sin cumplir, para explicar la extinción del proyecto cultural moderno. Esta reconstrucción parte de reconocer que a pesar de que el paradigma de la modernidad se constituyese antes de que el modo de producción capitalista se volviera dominante, su ocaso no coincide con el de este último.

Con el propósito de realizar tan complejo balance, el autor se asienta en dos pilares fundamentales: el pilar de la regulación y el pilar de la emancipación. Estos pilares a su vez se constituyen por tres principios cada uno. El pilar de la regulación está constituido por el principio del Estado, el principio del mercado y el principio de la comunidad. Asimismo el pilar de la emancipación está constituido por tres lógicas de racionalidad, la estético-expresiva referida al arte y la literatura, la racionalidad moral-práctica, de la ética y del derecho y la racionalidad cognitivo-instrumental, de la ciencia y de la técnica (De Sousa: 1998, 87, 88). Esta construcción abstracta de los pilares

en los que se sustenta la modernidad le permitirán al autor recorrer el trayecto histórico del capitalismo en los países centrales.

Este recorrido está conformado por tres periodos principalmente: el primero cubre todo el siglo XIX y se reconoce como el periodo del capitalismo liberal. El segundo se inicia a finales del siglo XIX, alcanzando su máximo desarrollo en el período entre guerras y en las primeras décadas de la Segunda Guerra Mundial, este se denomina como el período del capitalismo organizado. El tercer período, que se inicia a finales de la década de los sesenta y se extiende hasta nuestros días, es considerado por el autor como el período del Capitalismo desorganizado.

El primero de ellos se caracteriza en principio por una suerte de confianza a ciegas en un proyecto saciado de promesas de desarrollo en el plano económico, como de civilización en el plano político. Promesas ambiciosas que poco a poco fueron mostrando lo contradictorio del proyecto y avizoraban las consecuencias de su incumplimiento. El periodo del *capitalismo liberal* buscaba ingenuamente el desarrollo armonioso de los principios del Estado, del mercado y de la comunidad, en el nivel de la regulación, pero se encontró con la primacía del mercado sustentado en el principio del *laissez faire*. Por esta razón, el desarrollo del mercado se tradujo en un impulso industrializador sin precedentes, al mismo tiempo que redujo el principio de comunidad sustentado en las promesas roseaunianas de soberanía y libertad política, a un concepto empobrecido de sociedad civil. En este proceso colonizador del mercado, es interesante observar el papel ambiguo que juega el Estado, quien entra a asumir los desencuentros entre la lógica de dominación política y las exigencias de la acumulación del Capital, a través de una intervención, sustentada muchas veces en el principio del *laissez faire*.

Con respecto al pilar de la emancipación las contradicciones del proyecto emergente se acentúan. En el ámbito de la racionalidad

cognitivo-instrumental, el notable desarrollo de la ciencia se acompaña de su conversión gradual en fuerza productiva, agotando los propósitos altruistas que la fundamentaban para entregarse a las exigencias del mercado. En el terreno de la racionalidad moral-práctica, los procesos de autonomización y especialización dan origen por un lado a una microética liberal en la que la responsabilidad moral recaerá sobre la figura del individuo, y por el otro, a un formalismo jurídico que busca codificar todos los aspectos de la vida social. En última instancia, ubicados en el ámbito de la racionalidad estético-expresiva se evidencia un distanciamiento entre la alta y baja cultura que se legitima bajo la idea de «cultura nacional» promovida por el Estado Liberal. De esta separación del arte y de la vida da cuenta el idealismo romántico y la gran novela realista.

El segundo período correspondiente al *Capitalismo Organizado*, se diferencia del anterior en su intento por aminorar el déficit dejado por el incumplimiento de las expectativas del proyecto moderno, por tanto encamina todos sus esfuerzos al cumplimiento –muchas veces excesivo– de estas. En el campo de la regulación, el mercado sigue su camino triunfante exigiendo mayores niveles de autonomía institucional, lo que le permite una acumulación de capital que favorecida por la concentración del mismo, así como por el desarrollo industrial y financiero, empieza a marcar la brecha entre las economías de centro y periferia, mostrando el crudo rostro de la dominación imperial. Como consecuencia de esto, el principio de la comunidad se caracteriza por el crecimiento de la clase obrera y la extensión del sufragio universal, reflejados en la rematerialización de la comunidad a través de las prácticas de clase y de su posterior traducción en políticas de clase. Dentro de este escenario de ebullición creciente, el Estado se convierte en agente activo de estas transformaciones, por lo que intenta adaptarse a los retos impuestos por la comunidad y el mercado. En últimas, el Estado es pieza funcional en el proceso de expansión del proyecto moderno, precisamente por su papel de árbitro de los conflictos entre el capital y el trabajo.

Las transformaciones en el pilar de la emancipación pueden ser abordadas a partir del tránsito de una cultura de la modernidad al modernismo cultural, en virtud del cual la racionalidad estético-expresiva en su intento por apostarle a un arte autónomo, a un arte por el arte, es incapaz de reconciliar la cultura de masas con la alta cultura. De la misma forma, en el campo de la racionalidad moral-práctica, las soluciones formales a los problemas reales que demandan del ciudadano su obediencia pasiva, terminan por alejarlo del Estado. Finalmente, como consecuencia de la acentuación de la racionalidad cognitivo-instrumental, el saber se independiza de la vida y la política, fragmentándose en multiplicidad de disciplinas, cerradas por completo al diálogo y a la contaminación del sentido común.

Mediante este fructífero recorrido histórico por los caminos del proyecto moderno que se desarrolla al margen del capitalismo económico, entramos a examinar el tercer período correspondiente al *Capitalismo Desorganizado*. En este período la conciencia de que el déficit se hace irreparable, permea la totalidad social y degenera en un abandono paulatino del proyecto moderno, en vista a la imposibilidad de que este cumpla lo que hasta ahora no ha cumplido. En el campo de la regulación, el mercado continua su ascenso y posicionamiento en la estructura social hasta el punto de colonizar tanto el ámbito del Estado, que ahora se rige bajo sus leyes de eficiencia y eficacia, como el de la comunidad. Sus lógicas de expansión están relacionadas con el crecimiento expansivo del mercado mundial impulsado por las multinacionales, la flexibilización y autonomización de los procesos productivos, la descaracterización de las regiones, el surgimiento de nuevos dinamismos locales, la ruralización de la industria, la desindustrialización, la subcontratación internacional y otros procesos que reconfiguran por completo las relaciones entre capital y trabajo. De las transformaciones acaecidas en el escenario del trabajo, dan cuenta los análisis de Andre Gorz, quien percibe con preocupación la creciente especialización del trabajo, la separación

del trabajador del producto final de su trabajo, el rompimiento de las lealtades obreras y por ende la reducción de su poder de negociación frente al capital, estas y otras transformaciones evidencian el triunfo del capital sobre el trabajo.

Por esta vía, Boaventura de Souza Santos explica las variaciones en el principio de la comunidad a partir de la contradicción capital-trabajo que desemboca en el debilitamiento de las prácticas de clase, debido a la creciente diferenciación interna de las clases, tanto en su base salarial como en las lógicas de vida, que terminan por pulverizar cualquier intento de organización y lucha de la cada vez más disminuida clase obrera. Al margen del efecto inmovilizador del trabajo frente al capital, surgen nuevas prácticas de movilización social, que encuentran en los movimientos sociales la expresión y reivindicación de valores posmaterialistas, como la ecología, lo antinuclear el pacifismo, así como la posibilidad de organizarse para reclamar el respeto por las diferencias de raza, de color, de sexo.

Estos movimientos sociales develan la crisis de legitimidad por la que atraviesa el Estado, por haber perdido en parte su capacidad y en parte su voluntad política para continuar regulando las esferas de la producción y reproducción social. Lo más paradójico de esta debilidad es que es ocultada bajo la coraza de un autoritarismo desmedido, producto de la congestión burocrática y de las mismas políticas del Estado dirigidas a descargarle a la sociedad civil funciones anteriormente asumidas por este. Desde mi perspectiva, esta minimización de las funciones del Estado, son producto del credo neoliberal y se acompañan de la emergencia del discurso de la participación. Esta nueva forma de la democracia pretende que el ciudadano comparta con el Estado y con el mercado las funciones que antes estaban en manos del Estado. Nuestras opciones aumentan pero nuestra capacidad de escoger entre ellas es cada vez más limitada.

Para entender las mutaciones en el pilar de la emancipación, es necesario ubicarnos históricamente a partir de la contención del

movimiento estudiantil de 1968, que aparece como símbolo del desgaste de los principios de emancipación moderna y que culmina en la década de los ochenta con la crisis de la idea de revolución social y con la colonización neoliberal de las mentalidades. A propósito de la racionalidad cognitivo-instrumental, se advierte cómo el cumplimiento excesivo de las promesas de racionalidad contenidas en el proyecto moderno, desembocan en una irracionalidad peligrosa cimentada en los riesgos de la proliferación nuclear y en la catástrofe ecológica. Bajo la lógica de esta racionalidad, la modernización muestra su verdadero rostro: el de la dominación, el de la imposición por parte de los países centrales al mundo menos desarrollado, de un modelo de desarrollo sustentado en la exclusión, ignorando la autonomía de los procesos sociales y políticos de estos países.

En cuanto al nivel de la racionalidad moral-práctica, se evidencian tres situaciones: la primera se refiere al divorcio entre las prácticas políticas y la subjetividad y la autonomía como pilares de la modernidad, la segunda, enfatiza cómo la sobrejuridización de la vida extermina el uso del sentido común y la tercera sugiere cómo la modernidad nos condujo a una ética individualista, que nos impide asumir la responsabilidad de nuestros actos irracionales y desmedidos en la apropiación, consumo e inesperado desgaste de los recursos naturales.

Es esencialmente la racionalidad estético-expresiva la que permite observar con mayor claridad el antagonismo de la situación presente, mientras que la alta cultura modernista queda absorbida por la industria cultural, el arte se vuelve mercado y la superficialidad corroe sus entrañas, una versión crítica del canon modernista permite concluir que el remedio del déficit de incumplimiento de las promesas de la modernidad desborda el proyecto. Ante este desolador panorama, solo nos quedan dos salidas: o enfrentarnos a la posibilidad de asumir la inviabilidad del proyecto moderno o continuar confiando en la posibilidad de su regeneración. Con respecto de la postura habermasiana de completar el proyecto de la modernidad

recurriendo a los instrumentos analíticos, políticos y culturales desarrollados por esta, el autor se muestra escéptico. Para Boaventura, el proyecto moderno no puede acabarse en términos modernos, porque correríamos el riesgo de terminar envueltos de nuevo en la trampa tendida por la modernidad: convertir las energías emancipatorias en energías reguladoras.

Al percibir la posmodernidad como la gran obra de la modernidad, que no involucra ni su ruptura ni su continuación, sino que tiene momentos de ruptura y momentos de continuidad, el autor representa esta función a partir de seis guiones. El primero, corresponde al antagonismo entre el saber y la ignorancia, que se resuelve por un lado rompiendo con la ruptura epistemológica del sentido común, para hacer que el conocimiento científico se transforme en un nuevo sentido común al alcance de todos, a partir de la creación de saberes y contrasaberes. Y por el otro, a partir del topos «es más importante estar próximo que ser real», se nos invita a pensar cómo superar las distancias que implica la representación objetiva del conocimiento, para aproximarnos a lo real desde la proximidad de la comunicación cara a cara o desde la cercanía de lo local.

El segundo guión, denominado lo deseable y lo imposible, se centra en el cultivo de dos nuevos valores, uno es el de la conciencia del exceso, a través de la cual se aprenderá a no desear todo lo que es posible porque es posible y el otro es el de la conciencia del déficit, en donde se aprenderá a desear también lo imposible. Lo interesante de este último es que abre las puertas a la utopía como escenario de transformación social.

El tercer guión, pone de manifiesto la discusión que emana de la ecuación: interés=capacidad para sugerir que mientras en la modernidad el interés por algo se transformaba en la capacidad de conseguirlo, en la posmodernidad este principio se desvirtúa, puesto que el interés ya no se compensa con la capacidad, ejemplo de ello

son los movimientos sociales que manifiestan un interés vehemente por la solución de algunos problemas (ecología, guerra nuclear, paz) y sin embargo, cada vez es más notoria su incapacidad para encontrar una solución a ellos.

En el cuarto guión, el autor nos invita a ser polifónicos, a crear comunidades interpretativas que resquebrajen la verdades últimas, estas verdades que son producto de jerarquías ligadas con las tecnologías del saber, que en el transcurso de la modernidad han monopolizado el conocimiento y lo han confinado en herméticas estructuras denominadas disciplinas. Desmantelar ese monopolio y descubrir que los coros del saber están conformados por altos y bajos, es pues un reto para la academia.

El quinto guión, rescata un concepto bien interesante introducido por Marx y retomado por la teoría crítica, el concepto de alienación, con el fin de concientizar al nuevo sujeto del mayor valor que le está dando a las cosas, arrastrado por la «estúpida compulsión del consumo» (De Sousa, 1998, 130), en detrimento de las personas. Por tal razón, la crítica de estas compulsiones parte del reconocimiento de que el mayor enemigo está dentro de nosotros mismos.

Mediante el sexto y último guión, el autor plantea, cómo la idea moderna de una racionalidad global de la vida social y personal, culmina con la explosión de múltiples minirrationalidades al servicio de una irracionalidad global cuyo control se sale de nuestras manos.

Dejando de lado las buenas intenciones y los retos que nos impone la posmodernidad, entramos en la parte final de este ensayo con el análisis de las transformaciones del Estado dentro de esta nueva etapa, a la luz de la distinción histórica entre Estado y Sociedad Civil que remite a presupuestos tales como la separación entre lo político y lo económico principalmente. Dentro de esta lógica, el ámbito de lo político esta relacionado con el Estado y el ámbito de lo económico con la sociedad civil, concebida por Hegel, como el

reino de la necesidad, en donde priman los intereses privados y el egoísmo. Siguiendo este planteamiento, el autor, insinúa cómo esta divergencia se inscribe dentro de la lógica neoliberal liderada por el principio del *laissez faire* que propugna por la interdependencia del mercado frente al Estado, pero que paradójicamente requiere de la intervención y regulación de este último. Asimismo, se señala cómo este principio no puede ser válido para todos los intereses contradictorios que componen la sociedad civil.

Marx, hijo de la modernidad, cae también en la trampa de separar la esfera política de la económica, subrayando la exterioridad del Estado y de la política en lo que respecta a las relaciones de producción, lógica evidenciada a través de la construcción del edificio explicativo que separa las estructuras económicas de las superestructuras políticas y que en últimas termina en un reduccionismo económico. Esta peligrosa escisión, en términos de Boaventura, permite por un lado la naturalización de explotación económica y por el otro la neutralización del potencial revolucionario de la política liberal.

Esta distinción radical desemboca en otra de vital importancia, la separación espacio privado/espacio público, en virtud de la cual el espacio público es colonizado por el Estado, mientras el privado es conformado por la Sociedad civil. Ambientando esta separación, traigo a colación los planteamientos de Antonio Gramsci (1973), en sus *Cuadernos de la Cárcel*, acerca del papel de la Sociedad civil y su relación con la Sociedad política, donde el carácter privado de los organismos de la Sociedad civil le permiten un amplio margen de acción, para legitimar una hegemonía de clase no a través del uso de la fuerza sino del consenso y la conciliación de intereses contradictorios en el seno de la Sociedad. La Sociedad civil, por tanto, representa una actuación desde el ámbito de lo privado, que pretende incidir y transformar el espacio de lo público. Su exterioridad no se equipara con la autarquía de la Sociedad civil sino con amplios niveles de

autonomía y una profunda conciencia de lo público, que le permita establecer una relación funcional con el Estado.

Conscientes de que nos encontramos en la transición hacia una etapa diferente, en la que asistimos al resurgimiento de la sociedad civil, resulta problemático seguir sustentando la dualidad Estado/Sociedad civil. Este florecimiento de la sociedad civil, acompañado de un resurgimiento de los valores del autogobierno y de la subjetividad, es presentado por el autor con un tono alarmante, al percibir los peligros que este esconde en el ámbito del Estado, quien aparece con un intervencionismo bicéfalo, más autoritario de cara al proletariado y a las clases medias.

En su intento por encontrar una alternativa a la distinción estado/Sociedad Civil, el autor realiza una definición de poder que supera la visión limitada del liberalismo clásico y evita la dispersión que adopta el concepto de poder que propone Foucault. Desde su concepción, las sociedades capitalistas son formaciones políticas constituidas por cuatro modos de producción del poder que se articulan de maneras específicas. Por tanto, distingue cuatro espacios en las sociedades capitalistas: el espacio doméstico cuyo mecanismo de poder es el patriarcado, el de la producción cuyo mecanismo de poder es la explotación, el de la ciudadanía cuyo mecanismo de poder es la dominación y el mundial cuyo mecanismo de poder son los intercambios desiguales (De Sousa, 1998, 150).

Finalmente, el autor, con estas herramientas conceptuales y observando como el análisis de las transformaciones del capitalismo y de la misma modernidad al interior de las sociedades centrales, no encaja del todo en las sociedades periféricas o semiperiféricas, analiza las particularidades que las caracterizan. Estas sociedades cuentan con sociedades civiles débiles y poco autónomas articuladas dentro del espacio doméstico, que se contrastan con Estados relativamente fuertes, que compensan el déficit de hegemonía producida por la

heterogeneidad interna de los diversos espacios estructurales, con un exceso de autoritarismo. Asimismo a diferencia de las sociedades desarrolladas, la centralidad del Estado en las sociedades semiperiféricas se explica porque la modernización del espacio de la ciudadanía precedió a la del espacio de la producción, centralidad que coexiste con otros espacios de poder que otorgan una peculiaridad a la actuación del Estado (clientelismo, corrupción, nepotismo)

La sensación que queda después de revisar exhaustivamente un diagnóstico que se aproxima más a nuestra realidad y que da cuenta del carácter desigual del proyecto modernizador abanderado por Occidente, es si realmente resulta conveniente abandonar sus postulados, teniendo en cuenta que el déficit de promesas incumplidas es mucho mayor en nuestras sociedades, o por el contrario seguirle apostando a la reformulación del proyecto moderno a partir de nuestras condiciones políticas, sociales y económicas. Desde mi percepción antes de escoger entre estos dos caminos, debemos a partir de un esfuerzo de autorreflexión, construir paradigmas propios que expliquen la riqueza cultural y las particularidades de nuestra emergencia y evolución.

Referencias bibliográficas

Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la Cárcel*, Anagrama, 1973.